

## ESTUDIOS RECREATIVOS.



Te amo, llévame contigo.

## EL CORSARIO NEGRO.

Comenzaba á amortiguarse el brillo de las bugias: la música era mas suave, se bailaba con mas languidez, fatigada con las luces y con el ruido la multitud se habia ido dispersando poco á poco y las parejas enmascaradas buscaban la sombra de los jardines para hablar mas íntimamente.

Era la hora en que los ojos del padre y del esposo, cargados con el peso de una larga velada, estaban menos atentos: el instante de la separación en que el amor habla mas alto á las almas enamoradas, en que la mano apretada por otra mano deja en ella un ramo de flores ajado sobre el corazón, en que los labios temblorosos deslizan una confesión en un furtivo beso...

El señor Juliani, en cuya casa se daba el festin, habia abandonado tambien el salon del baile, y habia venido á sentarse en el fondo de una galería débilmente iluminada. No eran amorosos pensamientos los que le hacian

buscar el silencio y la sombra: Juliani, jamás habia amado; ambicioso y duro, su vida se habia consumido en intrigas. No conociendo á los hombres si no por sus vicios, los aborrecia: jamás la piedad habia conmovido este corazón de bronce: su mano, como la de la estatua del Comendador, no apretaba sino para matar; su equidad misma era la del hacha.

No se espresaba sino hiriendo igualmente.

Miembro del consejo de los Diez, á él le estaba confiada la ejecución de las medidas implacables. La sangre se deslizaba sobre esta mano de hielo, sin mancharla, y los remordimientos se detenían delante de esta conciencia sin puertas.

Acababa de sentarse cuando un hombre enmascarado entró con precaución. Juliani reconoció sus pasos.

—Estamos solos, dijo, adelántate Martelli.

Este se aproximó mas, y se quitó la máscara.

—El señor Juliani me ha hecho llamar, dijo, con el tono de la mas profunda deferencia.

—No has abandonado la fiesta: ¿qué has oído? ¿qué has visto?

—Nada importante... algunas intrigas de mugeres.

AÑO XIII. 44.

SEGUNDA SERIE.—1855.



—Mañana llevarás sus nombres al consejo de los Diez.  
—¿Cómo? preguntó el asombrado esbirro, los nombres de mugeres que...

—Si... Teniéndolas sujetas por sus secretos, podremos exigir todo de ellas: saber lo que piensan sus maridos, sus hermanos, sus amantes.... El consejo quiere conocer además sus negocios.

—Será eso una contabilidad gigantesca, observó seriamente Martelli, por tanto obedeceré.

—¿Y la hija del anciano Capello? le preguntó Juliani, estaba ahí, ¿no has notado nada?

—El mismo hombre ha seguido siempre á la señora Blanca, bajo diversos disfraces.

El miembro del consejo de los Diez, levantó la cabeza.

—¿Es aquel que se encuentra por todas partes, siguiendo sus pasos, desde su vuelta á Venecia?

—El mismo, señor.

—¿Estás seguro de que no es ninguno de nuestros jóvenes patricios?

—Estoy seguro.

—¿No es tampoco ninguno de los señores extranjeros que se encuentran en nuestra ciudad?

—Ninguno.

Juliani cayó en una profunda meditacion.

Hacia una semana, en efecto, que todos los espías del consejo de los Diez, nada habian descubierto acerca de este desconocido: todo lo que de él se sabia, es que habia llegado á Venecia el día en que la joven Capello, habia vuelto á casa de su padre despues de un largo viage á la tierra firme.

La especie de misterio con que la república rodeaba siempre su vigilancia, impedia los pasos directos. Mateo (asi se hacia llamar el extranjero) no habia sido sometido á interrogatorio ninguno: el consejo de los Diez, que queria conocer los proyectos de todos los que iban á Venecia, no se informaba jamás de ellos ostensiblemente. El primer principio de esta autoridad, era saberlo todo por astucia ó sorpresa, y no preguntar jamás nada.

Las secretas relaciones establecidas entre Blanca y Mateo habian sido bien pronto descubiertas, pero nada habia aun podido hacer adivinar quien era este hombre que se ocultaba bajo un nombre y vestidos vulgares.

Despues de un largo silencio, Juliani levantó la cabeza.

—¿Has visto su rostro? preguntó al espía.

—Me ha sido imposible, no sale sino de noche y lo mas frecuentemente enmascarado. Además, esta noche espero adquirir mejores datos.

—¿Cómo?

—La nodriza de la señora Blanca, posee toda la confianza de su ama, y no hay duda de que conocerá á Mateo.

—Adelante...

—He pensado que la vieja, atendida su edad y fealdad, no tendrá ningun amorio: en consecuencia, estoy perdidamente enamorado de ella hace tres días.

—¿Y bien?

—Y bien... esta noche me ha dado una cita.

—¿Y esperas hacerla cantar cuanto sepa?

—Cuento con ello, contestó Martelli con cierta fatuidad.

—Aquí hay doscientos cequies para ti si lo logras.

—¡A fé de cristiano, no es demasiado por esponerse á acometer una dueña! murmuró Martelli.

Juliani se levantó, y le hizo señal de que se retirase.

En el momento en que el espía salia de la galería, entraba en ella el conde Capello.

Era un anciano, encorbado por las enfermedades, pero cuya cabeza habia conservado una especie de venerable grandeza: de inteligencia mediana, y valor vulgar, uno de esos hombres que aceptan la tiranía establecida y las iniquidades comunes á todos.

Habia visto á Juliani y venia á despedirse de él: le hizo mil elogios sobre el lujo y buen gusto de su festin.

—¿Se habrá divertido la señora Blanca? le preguntó Juliani.

—¿Qué joven resistiria á la embriaguez de esta música y de este baile? respondió Capello.

—Yo sé que la señora está triste desde que ha vuelto á Venecia, dijo el miembro de los Diez.

—¿Quién os lo ha dicho?... preguntó con inquietud el anciano.

—Sonrióse Juliani.

—La república lo ve todo, señor Capello, dijo, su ojo como el de una muger, percibe lo que podria escaparse á la mirada menos perspicaz de un padre... Además ¿habeis notado vos mismo esta tristeza!...

—Es verdad, dijo Capello, pero yo no he visto en esto sino la languidez sin causa, que se apodera muy frecuentemente de las jóvenes de su edad. Bella, rica, libre en la expresion de todos sus deseos, ¿qué causa de afliccion puede tener Blanca?

—La mas grande de todas tal vez.

—¿Luego la conoceis?

Juliani hizo una señal de afirmacion. El anciano, conmovido, pareció escuchar muy atento.

—¿Quereis oirme? dijo el magistrado, dando un sillón á Capello: debo hablaros en nombre del consejo de los Diez.

Palideció Capello, pero se inclinó respetuosamente, y se sentó: Juliani permaneció en pie.

—Sabeis, Capello, continuó éste con calma, Venecia no defiende solamente sus fronteras contra sus enemigos, y sus leyes contra la sedicion; los nombres ilustres son tambien para ella una propiedad sagrada. En nuestra república el honor de la nobleza, sus alianzas, son hechos políticos y el consejo además de ser el guardador del poder, es á la vez el tutor de todos nosotros. A él toca decidir las uniones que las grandes familias deben contraer entre sí, en interés de Venecia... Lo que es un rey en otras partes, lo es aquí cada patricio, sus acciones no son de su eleccion, sino de la necesidad del Estado.

—No ignoro ninguna de estas leyes, respondió Capello, y he probado que estoy dispuesto á someterme á ellas. El consejo ha destinado la mano de Blanca á Lorenzo Barbarini, y aunque Lorenzo no es conocido mio ni de mi hija, he consentido en ello sin titubear.

—El consejo hace justicia á vuestra sumision, pero sabed cuanta importancia damos á este matrimonio. El valor de Barbarini ha hecho de él uno de nuestros mas útiles defensores: él solo promete un digno sucesor á nuestros generales, ¡desgraciadamente no es veneciano! Génova, Ferrara y Milan, han querido ya arrebatárnoslo, y podrian conseguirlo, si no nos lo unimos á la república con vínculos indisolubles. Es preciso que una union gloriosa haga de él un ciudadano de Venecia: y vos solo, Capello, podeis hacerlo con vuestra alianza.



—Ya se me han dado todas estas razones y he cedido á ellas: el matrimonio de Barbarini y de mi hija debe verificarse dentro de un año...

—Dentro de un año será demasiado tarde.

Hizo un movimiento el anciano y exclamó:

—¿Cómo!

—Esa tristeza de la señora Blanca... ¿Ignorais la causa de ella?... Ama.

—¿Qué decis? gritó Capello.

—¿No habeis notado, Capello, que desde su vuelta huye de las fiestas? ¿no habeis oído de noche debajo de los balcones de vuestro palacio el ruido de una góndola, y la voz que dentro de ella cantaba? Esta noche misma el amante de vuestra hija ha estado aquí... me lo han enseñado.

—¡Imposible! gritó Capello levantándose.

—Mirad, dijo Juliani: y al mismo tiempo le enseñó en la galería inmediata dos máscaras inclinadas la una hácia la otra, y hablando en voz baja.

—¡Blanca! exclamó el anciano reconociendo el disfraz de su hija.

—Y ese hombre es el que la sigue por todas partes....

Hizo un movimiento Capello para lanzarse sobre ellos; pero Juliani le contuvo.

—Nada de escándalos, dijo con calma, deshonrarían á vuestra hija, y nada repararías.

—¿Pero es ella efectivamente? repitió Capello mirando á la muger enmascarada que se dirigía hácia su lado.

—Podeis aseguráros de ello, replicó Juliani.

Y tomando la mano de Capello le obligó á hacerse atrás, y colocarse con él á la sombra de las columnas.

Sin embargo, los dos amantes, únicamente ocupados en su conversacion, nada habian visto. Llegados á la mitad de la galería miró á su alrededor el caballero y se detuvo.

—Aquí estamos solos, dijo, en nombre del cielo, escuchadme, Blanca!

—Puede venir alguno, respondió la jóven asustada.

—¿No podré yo jamás hablaros sin obstáculos, deciros cuánto os amo? ¿Qué son esas esplicaciones furtivas, murmuradas en voz baja y á la vista de todos?... ¡Blanca! ¡no sabeis toda la desesperacion que sufre mi alma, cuando no os veo! Cada vez que me separo de vuestro lado, se me figura que es por la última vez: yo no puedo vivir mas tiempo sin esperanza.

—¿Pues que es lo que quereis, Dios mio?

—Tener la seguridad solo de veros algunas veces: designadme un sitio, una hora en que pueda hablaros sin testigos.

—¿Puedo yo hacerlo?

—¿Pues bien! permitidme que yo busque los medios.... prometedme recibirme si halló medio de llegar hasta vos...

—¡Imposible, Mateo! exclamó la jóven doncella, ¡no, yo no quiero!... En nombre del cielo no hagais semejantes peticiones; la menor imprudencia podría perdernos... ¿Quién sabe si no nos han vendido ya.... si no nos observan aquí mismo?... ¡Dejadme volver al baile... tengo miedo!

Hablando así, Blanca habia llegado casi á la segunda galería. Mateo la siguió y los dos desaparecieron.

En tanto que habian estado allí, Juliani no habia soltado la mano de Capello, y le habia obligado á oír. Cuando se habian marchado se contentó con decirle friamente:

—¡Ahora, Capello, ya no podeis dudar!

Nada respondió Capello, pero se cubrió los ojos con las manos.

—¿Y quién es ese Mateo? preguntó despues de un largo silencio.

—Aun lo ignoramos, respondió Juliani, pero sea quien fuere, es preciso arrebatarle vuestra hija.

—¿Qué hay que hacer?

—El consejo lo ha previsto todo. Dentro de tres dias llega Lorenzo Barbarini á Venecia para casarse con la señora Blanca: marchará despues inmediatamente con ella, y entonces su honor estará bajo la salvaguardia de su esposo, cuya mirada mas jóven será mas vigilante. Hasta entonces, ni una palabra, ni un gesto que pueda hacer adivinar á vuestra hija que habeis penetrado su secreto. Renirla seria peligroso, y podría precipitarla á una resolucion estrema: tal es ademas el deseo del consejo de los Diez...

—Obedeceré, respondió Capello agobiado de pesar.

—Capello y Juliani habian llegado hablando así hasta el salon del baile. Allí encontraron á Blanca que estaba sola. Juliani se acercó á ella.

—Daba parte á vuestro padre, señora, de una noticia que os interesa, dijo. La paz que acaba de hacerse, apresurará segun espero, la vuelta de nuestros generales.

La jóven se estremeció.

—¿Se espera á Lorenzo Barbarini muy pronto? preguntó con temblorosa voz.

No dejó tiempo Capello á Juliani de responder: dió un paso hácia su hija y mirándola fijamente,

—Señora Capello, dijo con tono brusco, dentro de dos dias os casareis con Lorenzo Barbarini.

Arrojó un grito Blanca, apoyándose para no caer en el suelo, en el respaldo de un sillón. Juliani habia hecho un movimiento de sorpresa y de descontento, pero lo reprimió al instante, y volviéndose á Capello:

—Es preciso no prometer el despojo de un valiente ni la llegada de un ausente, dijo sonriendo. La vuelta de Lorenzo puede tardar mas de lo que suponeis: ¿por qué arrojar en el corazon de vuestra hija una emocion que perturbe su alegría? El baile no quiere rostros tristes y pensativos.

Y tomando la mano de Blanca:

—Me debeis esta noche toda entera, dijo, venid, yo mismo voy á llevaros al baile.

La jóven apoyándose maquinalmente en el brazo de Juliani entró paseando con él por el salon del baile.

Habiendo quedado solo el anciano Capello, se sentó, dejó caer sobre su pecho su cabeza, y se entregó al dolor viendo por cuanto acababa de oír herido su orgullo en lo mas sensible. El amor de su hija por un estrangero, indigno sin duda de semejante preferencia, era ya para él un terrible dolor, pero lo que sobre todo le humillaba era que hubiesen adivinado este amor, que la vergüenza de su sangre fuese conocida de otros.

Comprendia ademas, que así su honor pasaba á ser una propiedad del consejo de los Diez, que podian desde entonces exigirlo todo de él, no solo en nombre de su autoridad, sino tambien en recompensa de su discrecion.

Permaneció largo tiempo así, sumido en sus sombrías meditaciones. Comenzaban ya á penetrar los primeros albos del dia, cuando Capello se levantó, recogió á Blanca, se despidió de Juliani é hizo pedir su góndola. Blanca se aproximó á él para tomar su mano, pero el anciano pasó



delante de ella sin ofrecérsela. Llegaron á los escalones del palacio inmediatos á la laguna.

En el momento en que Capello entraba en la góndola, un hombre embozado en una capa apareció como una sombra al lado de Blanca: estremeciéndose ésta é inclinándose hacía él:

—La noche próxima, murmuró en su oído, a la una, en el muelle de la Madona....

En este momento se volvió á mirar Capello; la jóven se precipitó á entrar en la góndola, y la sombra desapareció detrás de la columnata del palacio.

## II.

Las doce de la noche habian dado hacia largo tiempo en el reloj de San Marcos: el cielo estaba sombrío y una niebla flotante cubria las lagunas: tres hombres embozados en sus capas y con el sombrero de fieltro encasquetado hasta los ojos se encontraron delante del palacio Capello: reconocieronse mutuamente por una señal, por una palabra convenida.

—¿No hay nada de nuevo? preguntó el uno de ellos á los otros dos.

—Nada, Beppo.

—¿No habeis visto á nadie detenerse cerca del palacio?

—A nadie.

—Está bien.

Los tres esbirros se pusieron á pasear lentamente por lo largo del muelle: el que parecia su jefe marchaba á la cabeza.

—Quisiera saber bien, dijo al fin uno de los que marchaban detrás, por qué el consejo tiene tanto interes en conocer lo que pasa en casa de los Capellos: un anciano y una jóven no pueden conspirar contra la república.

Beppo se volvió hacía él.

—¿Francisco? dijo.

El espía se le acercó.

—¿Quieres que te dé un consejo?

—¿Cuál?

—Ver, oír y callar. En nuestra profesion cuesta caro el hablar. Tu predecesor tenia la manía de querer saber lo que hacia; esto desagradó á los ilustres miembros del consejo.

Beppo se quitó el sombrero al pronunciar este nombre.

—Tanto les desagradó que le enviaron á satisfacer su curiosidad...

—¿A algun calabozo! preguntó asustado Francisco.

—No, al fondo del Adriático.

El esbirro dió un salto hacía atrás, y Beppo continuó tranquilamente su camino. Cuando habian pasado ya del palacio, volvióse de nuevo.

—Todo está tranquilo, dijo, la laguna está desierta, la hora de la cita ha pasado: podremos marcharnos. Por la plaza de San Marcos, vamos.

Y todos tres se alejaron.

Sonó la una de la noche.

Oyóse entonces un ruido de remos: deslizóse al través de la niebla una góndola, y atracó en el muelle de la Madona: un hombre vestido como un simple gondolero saltó á tierra: era Mateo.

Apenas habia puesto el pie en tierra, abrióse la puerta del palacio: presentóse Blanca.

Reconociéronse los dos amantes al mismo tiempo, y Mateo cogió la mano de la jóven y estrechándola entre las suyas:

—¿Sois vos, dijo, con un acento lleno de ternura, puedo al fin veros sola, Blanca mia?

—¡Silencio, murmuró esta, tengo miedo!

—¿Qué podeis temer? todos duermen ahora, ¿por qué temblar así?

—Si viniesen....

—¿Quién puede venir á esta hora?

Y como la jóven miraba siempre en derredor de si aterrada, la atrajo suavemente hacía sí, y le besó las manos que le tenia agarradas.

—Al fin habeis tenido compasion de mí, le dijo con ternura... en vano os habia hasta ahora pedido una entrevista en que el corazon pudiera manifestarse sin testigos.... Hoy estamos aqui, juntos y solos!... ¡Apenas me atrevo á creerlo! ¡Dudo si estoy despierto, si soy Mateo, si sois Blanca!... ¡Oh, Dios mio! Al ver que me amais, ya no dudo de porvenir, nada temo: me parece que Dios mismo no podrá ya arrancaros de mi lado.

—¡Ay! van á intentarlo! dijo Blanca.

Estremecióse Mateo.

—Si, continuó la jóven; por eso he querido veros, Mateo... mañana van á casarme.

—¿Poder del cielo! ¿seria cierto? exclamó el jóven.

—Ayer mismo me lo ha declarado así mi padre. Mañana llega Lorenzo Barbarini.

—¿Mañana... Lorenzo Barbarini!

—Estará aqui para la hora del matrimonio.

—¡Ah!... ¡y no tendré tiempo de matarle antes!

—¿Qué decís?

—¿Quieres mejor que te arrebate de mis brazos, Blanca? exclamó desesperado. ¿De dónde viene ese hombre que se apodera de tu mano, sin haber pedido tu corazon? ¿Qué?... ¡El, á quien tú no has elegido, á quien no amas, vendrá con un decreto del consejo de los Diez en la mano á arrancarte de mis brazos!... ¡Ah! yo le clavaré ese decreto en el corazon con mi puñal.

—Y os perdereis sin salvarme, dijo Blanca con los ojos llenos de lágrimas. Los instantes son preciosos.... Escuchadme, Mateo: sois noble...

Mateo hizo un movimiento.

—Presentaos á mi padre: decidle lo que yo sé, que habeis venido de Ferrara, disfrazado de hombre del pueblo, porque en el territorio de la república estais proscriptos los Corsini. Ese nombre es ilustre, conocido de mi padre, como de todos; cuando sepa que ese nombre es el vuestro, os escuchará. Si es preciso nos arrojaremos los dos á sus pies, imploraremos su misericordia. Tal vez se dejará conmovido.

—¿Qué importa! dijo Mateo meneando la cabeza, ¿el consejo de los Diez no ha decidido de vuestra suerte? ¿Qué valdrá contra esta voluntad suprema la voluntad de un anciano? ¡Las nobles venecianas pertenecen á la república y no á su padre!

—¡Y bien! imploraremos la piedad del consejo mismo.

El jóven se sonrió amargamente.

—¿No sabéis que los hombres que gobiernan no tienen



corazon? ¿Qué les importarán vuestras lágrimas? Están acostumbrados á verlas derramar. No, no, vana esperanza. Los Diez han hablado, y vuestro padre colocará vuestra mano en la de Barbarini, aunque debiera helarse en ella para siempre.

—¿Qué medio nos queda entonces de salvacion? dijo Blanca desolada.

Animáronse los ojos de Mateo.

—Uno hay, replicó, uno solo... pero para emplearlo, es preciso no contar con la compasion de nadie. Aun somos dueños de nuestra suerte con tal que no nos abandonemos nosotros mismos.

Y cogiendo las dos manos de la jóven:

—¡Blanca! exclamó, ¿quieres fiarte de mí?

—¿Que quereis decir? preguntó.

—Aquí, continuó Mateo, tu eres esclava de los Diez: yo te ofrezco la libertad, la libertad con un amor sin límites... Con el mundo que se abre todo entero delante de nosotros. Blanca... ¡ahí hay una góndola! Marchémonos juntos.

La jóven espantada retrocedió.

—¡Huir con vos! dijo.

—Es el único medio de asegurar nuestra felicidad.

—Y mi vergüenza, Mateo.

—¿No serás la muger de mi corazon?... Un sacerdote santificará nuestra union.

—Y mi padre! mi padre á quien dejaria aqui solo, deshonrado... ¡oh! jamás...

Mateo juntó las manos y la miró con sombría desesperacion.

—Entonces, dijo, ¿qué quereis hacer?... ¿Os casareis con Lorenzo Barbarini?

—Moriré, respondió afligidísima la pobre jóven.

Mateo sonrió amargamente.

—Así, pues, preferireis la muerte al destierro conmigo, continuó, y sin embargo, Blanca, habeis dicho que me amais, y que yo era todo para vos.

—Y he dicho la verdad! murmuró ella llorando.

—No repitais eso, exclamó Mateo, ¡por Cristo! no lo repitais. ¡Me amais! ¡y vais á casaros con otro! Decis que yo soy todo para vos, y me posponeis al orgullo de vuestro padre... ¡Ah! ¡no me habeis mas de amor, señora! Decid que habeis tenido un momento compasion de mí, y que los dos hemos tomado por amor, por ternura, esta compasion.

—¡Mateo! gritó Blanca.

Empero entregado todo á su desesperacion no la oia ya.

—Insensato, continuó golpeándose el pecho, que habia creido que á la primera amenaza de que arrancarían de mis brazos á mi Blanca, creia que vendria esta á arrojar en ellos, gritándome: ¡Llévame contigo! Como si no fuese ya demasiado para Blanca Capello, la bella veneciana, haber un instante bajado sus miradas hasta mí.

Pronunció Mateo estas palabras con una amargura tan sombría, que la jóven, mas conmovida que irritada, alzó sus ojos mojados en acerbo llanto, y juntandó las manos en ademán suplicante:

—¡Ay! no os comprendo, dijo con acento tristísimo y dulce á la vez; ¿por qué la noble veneciana tendria que avergonzarse del amor del noble de Ferrara?

Diríase que estas palabras, en lugar de apaciguar á Mateo, habian reavivado y vuelto á abrir una herida en su corazon.

—En efecto, respondió, es el noble de Ferrara el que se ama en Mateo.

—El primer día en que Mateo se presentó á mi vista, yo ignoraba sus títulos y le amé, respondió Blanca con noble candor.

Conmovióse el jóven, y cogiendo de nuevo sus manos:

—Y bien! la dijo, respóndeme con toda tu lealtad: ¿Qué hubieras tú hecho si Mateo no hubiese sido noble como tú? ¿Si no hubiese sido mas que un hombre del pueblo, pero con bastante amor para remover por tí el mundo?... ¿Qué hubieras dicho si hubiese venido aqui como yo á pedirte, á suplicarte de rodillas que le amases?...

Blanca por toda respuesta inclinó su graciosa cabeza sobre el pecho de Mateo.

—¡Ah! gracias, dijo llorando Mateo, gracias, y perdona mis sospechas, soy un loco; ¡pero te amo tanto!

—No dudes jamás de mí, Mateo, dijo la jóven; ¡pero déjame hacer el último esfuerzo con mi padre! Soy su hija única: cuando sepa que de su resolucion depende mi vida ó mi muerte, cederá, yo al menos así lo espero... Si no puede disponer de mi mano, ¿quién sabe? ¡Tal vez permitirá que abandone á Venecia y sea tu esposa en otra parte!

—¿Y si desecha tus ruegos?

—Entonces... ¡Dios me inspirará! Nada me preguntes, yo misma no sé lo que haré. Solo tengo que decirte una palabra. Te amo.

Mateo la estrechó en sus brazos.

—¿Cuándo te volveré á ver? la preguntó.

—Aquí, mañana á la misma hora.

—¿Y si no pudieses venir?

—Julia, mi nodriza, me es muy fiel: por ella lo sabrás todo: pero adios: tiemblo de que se aperciban de mi ausencia. Adios.

Blanca se arrancó de los brazos de Mateo, é iba á entrar ya en su palacio cuando oyeron el ruido de pasos. Los dos amantes se refugiaron entonces detrás del nicho de la capilla de la Madona, colocada enfrente del palacio.

Bien pronto un caballero apareció caminando con estrema precaucion: era Martelli, que venia á su cita. Paseó algun tiempo por delante del palacio Capello, encontró la puerta que Blanca habia dejado entreabierta, y persuadido de que esta precaucion se habia tomado en su obsequio, apresuróse á entrar.

En cuanto cesó el ruido salieron los dos amantes de su escondite.

Aun hubo un nuevo abrazo, un último beso, y Blanca corrió hácia la puerta.

Apenas puso sobre ella la mano retrocedió espantada.

—¡Está cerrada! dijo.

—¿Cómo? exclamó Mateo.

—Mira.

—¡Maldicion! ¡es verdad! estamos descubiertos.

Blanca delirante mesábase los cabellos.

—¡Descubiertos!... ¡Entonces estoy perdida! dijo, Mateo. ¡Sálvame!...

—No hay en qué escoger, dijo el jóven, mi góndola está cerca... huyamos.

—¡Huir! repitió Blanca desesperada.

—Si nos quedamos nos perdemos los dos... Ven...

—¡Oh! no, no, dijo ella, yo me quedo...



—Entonces yo tambien me quedo contigo; me matarán á tu lado.

Blanca lanzó un grito.

—Huyamos, Mateo, huyamos, dijo.

Ella misma le arrastró hácia la laguna, despues deteniéndose de repente se volvió hácia el palacio.

—¡Padre mio! ¡padre mio! exclamó sollozando, ¿qué va á ser de tí al despertar mañana?

—¡Vamos pronto, vamos pronto, Blanca!

Estendió los brazos hácia el palacio.

—Si, dijo; adios, padre mio, adios ciudad en que nací, Ahora soy de Ferrara y no de Venecia: ahora soy Blanca Corsini.

A este nombre Mateo se paró bruscamente, y dejó caer la mano de la jóven que estrechaba en la suya. Esta le miró con asombro.

—¿Qué tienes, Mateo? le preguntó.... ¿Por qué te turba ese nombre? ¿No es el que voy á llevar como esposa tuya?

—Ven, ven, dijo Mateo, lleno de turbacion.

Pero ella se detuvo y palideció.

—¿No me respondes?

Y atravesando por primera vez una horrible sospecha en su mente, exclamó:

—Mateo, el amor y la fatalidad me han puesto en tu poder, pero tú no puedes abusar de mi confianza, eso seria demasiado vil y cobarde! ¡no, tú no me has engañado! tú, no me engañas, ¿no es esto?

—¡Va á amanecer, va á amanecer, Blanca!

—¡Ah! ¡Amanezca! ¡venga mi padre!... El-oprobio y la muerte mejor que la duda!.... Mateo.... por la salvacion de tu alma, júrame que vas á llevarme al seno de tu noble familia, júrame que yo llevaré como esposa legitima el nombre de Corsini.... ¡No me respondes nada!... ¡apartas de mis ojos!... una palabra, una palabra sola....

—¡Maldiceme! dijo el jóven cubriendo su cara con ambas manos... ¡te he engañado!

—¡Me ha engañado!...

—¡No soy un Corsini!

—Tú!... gritó Blanca, retrocediendo con espanto: ¿pues quien eres entonces?

—Un hombre del pueblo, señora, dijo Mateo con acento humilde y quebrantado, un miserable que no tenia derecho ni de ver cuan hermosa érais, ni de sentir en presencia vuestra palpar su corazon, y que sin embargo, ha osado alzar sus ojos hasta el cielo de vuestro rostro. ¡Ah! ¡si supieséis cuántas noches he velado debajo de vuestras ventanas llorando, y pronunciando vuestro nombre!.... No podia llegar hasta vos con estos vestidos de pescador, entonces vendió la herencia de su padre para comprar estos vestidos de caballero: disfrazó su nombre bajo un nombre ilustre!... ¡para veros, por hablaros, señora, hubiera entregado su alma al demonio!... Sabeis lo demás, lo sabeis todo ahora. ¡No, yo no soy un Corsini, yo no soy sino un hombre que os ama!

—¿Y por qué, por qué no haberme desengañado? preguntó Blanca.

—¡Ah! He querido hacerlo muchas veces, respondió Mateo tristemente, ¡ahora mismo aun!.... pero no sabeis lo que cuestan el pronunciar palabras que arrebatan toda esperanza: tiémlale á uno la mano para matar su propia dicha. Yo sabia que el dia en que dijese: ¡Yo soy Mateo el

pescador, terminaria mi sueño! ¡y era tan dulce! ¡tenia tanta necesidad de él!... porque os amo tanto, señora, os amo tanto, que aquí ahora mismo acusado, despreciado por vos, no puedo arrepentirme de haberos engañado: os amo tanto que echo de menos mi mentira que tan feliz me hacia, y me pesa de mi confesion que me mata. ¡Perdon! Soy un insensato en hablar aun así. Mi amor que antes tan venturosa os hacia, os deshonorá ahora: perdon.... y adios.

Blanca escuchaba cada vez con mas emocion; parecia sostener una lucha dentro de su alma, llevábase las manos convulsivamente ya á su cabeza, ya á su corazon, como para comprimir su sufrimiento: pero al oir la palabra adios, arrojóse en brazos de Mateo, y dejándose caer en ellos:

—Te amo, le dijo, llévame contigo, repitió Blanca.

Mateo dió un grito.

—¿De veras?

—Ya amanece, llévame contigo.

—¡Angel! exclamó Mateo dispuesto á caer de rodillas á sus pies.

Cogióle ella de la mano y le arrastró hácia la góndola. Acababan de entrar en ella cuando de repente se iluminó el palacio Capello.

—Huyamos ó somos perdidos, dijo Blanca.

Deslizóse la góndola rápidamente por las lagunas. En aquel momento abrióse con gran estruendo la puerta del palacio, y apareció en ella Martelli, seguido de Capello y criados armados.

—¡Allá abajo! ¡á lo largo de la laguna! gritó el espía señalando la barca que huía á todo remo.

El anciano Capello y sus gentes corrieron hácia las góndolas amarradas en el muelle de la Madona, pero la barca de Mateo habia desaparecido ya en el horizonte!...

### III.

Muchos hombres y muchas mugeres se hallaban sentadas á las mesas de un bodegon de Ostiglia.

—Vaya una cancion, Magdalena, dijo un hombre del campo, que en sus calzones de piel de búfalo y el palo largo que con aguijon á la punta tenia en la mano, era fácil reconocer por un mercader de bueyes.

La jóven miró á un marinero que estaba á su lado, y respondió que no sabia ninguna.

—Esa es una mentira, de que tendreis que confesaros, dijo un muletero colocado cerca de ella; en otro tiempo cantábais como un gilguero.

—En otro tiempo hacia lo que le daba la gana, respondió con mal modo el marinero.

—Y ahora no hace sino lo que te da á ti la gana, replicó riendo el mercader de bueyes. ¡Pardiez! ¿Será verdad que eres celoso, Casini?

Encogió éste las espaldas.

—En ese caso, añadió el boyero, ¡cuidado!... sin ser brujo podria predecirte tu suerte.

—Nadie os la pregunta, respondió con mal humor Casini.

—Mal haces, marinero, dijo el muletero, porque un tratante en bueyes debe entender mucho en materia de cuernos.

Una risotada general acogió esta grosera chanza, á la que sin duda Casini iba ágricamente á responder, si un ter-



cer parroquiano no le hubiese propuesto jugar un partida de dados.

Trajeron vino, hicieronse varias apuestas, comenzó el juego, y nadie se ocupó ya de Magdalena ni de su novio.

Sin embargo, un hombre con el rostro encubierto en su capa acababa de entrar. Buscó con la vista el amo del bodegón, que acababa de arreglar su cuenta con el mercader de bueyes. El amo lo vió al fin y se dirigió á él.

—¿Quiere alguna cosa su señoría? le preguntó quitándose el sombrero.

El recién venido se lo llevó aparte.

—¿Estoy en Ostiglia, en el límite de los estados de Venecia? le preguntó.

—Incontestablemente, señor.

—¿Para salir del territorio de la república, no hay por este lado otro camino?

—Ninguno: á derecha é izquierda no hay mas que bosques ó pantanos.

—¿Y enfrente el río?

—A doscientos pasos de aquí. Esta es la única posada que hay en Ostiglia, y si aguardais viajeros que vengan ó vayan á Venecia, no pueden dejar de detenerse aquí para descansar ó pedir caballos.

—Está muy bien, dijo el extranjero sentándose.

El posadero le miró con sorpresa y desconfianza.

—¿No quiere tomar algo su señoría? se aventuró á preguntarle al fin.

—¡Pardiez! está haciendo averiguaciones, dijo el muletero separándose de la mesa del juego.

El desconocido aparentó no haber oído esta chanza.

Levantando la cabeza, y despues de un momento de reflexion:

—¿Qué pasajeros han llegado aquí desde esta mañana? preguntó al posadero.

Viendo éste que no le pedia nada de comer y beber, púsose el sombrero, y de muy mal humor contestó:

—Yo no soy ningún espía.

Estremeciéndose el extranjero: miró al posadero, se levantó pausadamente, y llevándose aparte, le enseñó alguna cosa que le hizo dar un grito.

—Perdóneme vuestra señoría, dijo con balbuciente voz... Si yo hubiese sabido que el consejo de los Diez...

—¡Silencio! ¿Un joven acompañado de una señora se han presentado aquí ya hoy?

—No señor, lo juro por el Evangelio.

—Basta... No te apartes de esta sala... Me dirás el nombre de cuantos entren y tú conozcas. A cualquier pregunta que te hagan ten la vista fija en mí, para responder, y no hagas nada sin orden mia.

—No lo olvidaré.

—Ahora pocas ceremonias ni atenciones conmigo, que den que sospechar. Sirveme como si no supieses quien soy.

—Sí, señor.

—Trae vino y déjame.

Apresuróse el posadero á ejecutar las órdenes que acababa de recibir, en tanto que Beppo, porque era el mismo, examinaba unas apuntaciones que sacó del bolsillo.

Apenas habia sabido el consejo de los Diez la desaparicion de Blanca, habia enviado sus agentes en todas direcciones en persecucion de los fugitivos. Beppo habia encontrado su pista, y estaba seguro de que no tardarian en lle-

gar á Ostiglia. Habia por consecuencia emboscado su gente, mientras él mismo establecia su campo de observacion en la única posada donde los amantes podrian detenerse antes de pasar la frontera veneciana.

Desgraciadamente Beppo no conocia ni á Mateo ni á Blanca, y hallábase ocupado en estudiar las señas que de ellos le habian dado, cuando entró en la sala de la posada una muger sostenida por dos caballeros.

El posadero se aproximó á Beppo y le dijo:

—¿No conozco á ninguno de los tres!

Levantóse entonces Beppo, pero la muger tenia el rostro cubierto con un velo, y sus dos acompañantes de una misma edad, llevaron á la joven junto á una mesa, y la ayudaron á sentarse en un banco.

Hablaron un momento entre sí en voz baja, y volviéndose hácia el posadero le llamaron.

Adelantose con cierto embarazo éste.

—¡Caballos! dijo el joven con tono de mando.

El posadero miró á Beppo, que le hizo una seña.

—No los hay, contestó.

—Que los busquen, respondió el extranjero arrojando sobre la mesa dos monedas de oro. Venga de beber entretanto.

El posadero sirvió vino de Chipre, y los dos caballeros se pusieron á la mesa.

El embarazo de Beppo era estremado. Si aquella muger era Blanca, ¿por qué la acompañaban dos, y cuál de los dos era Mateo? Si á la ventura y con equivocacion los arrestaba, esponíase á la cólera del consejo, que queria que la accion de la justicia obrase sin ruido, sin vacilacion, sin error y de modo que probara que nada escapaba á su mirada.

Reflexionaba en el medio de descubrir la verdad, cuando se armó una disputa entre los jugadores. Hubieran llegado á las manos si Beppo no se hubiese oficiosamente interpuesto. Tratábase de una jugada dudosa, y de una botella de vino que ninguno queria pagar. El esbirro declaró que él la tomaba por su cuenta, é hizo traer una nueva botella.

—Por San Marcos, dijo el tratante en bueyes, brindareis por este caballero, no se bebe el vino de las gentes sin desearles una buena salud.

—Mejor querria su señoría un beso que un brindis, dijo el muletero.

La joven hizo un marcado movimiento de terror.

—Muy arisca sois para ser tan linda, paloma mia, dijo Beppo dándose el tono de un gran señor.

—Es que no es ninguna gran señora de Venecia, replicó Casini muy descontento.

—En efecto, las damas de Venecia son mas dóciles, dijo Beppo.

—¿Venís de la ciudad sin calles? preguntó el muletero; ¿qué hay de nuevo allí?

—Nada, muchas intrigas de amor, como de costumbre... y ademas un rapto.

—¿Un rapto? repitió Magdalena prestando gran atencion.

—Sí, mi bella asustadiza... una joven de alto nacimiento, bella como vos, ha desaparecido con un hombre á quien nadie conocia. Se habla de disfraces misteriosos en un baile, de citas de noche á la puerta del palacio de su padre... una verdadera novela.

—¿Y el nombre de la heroína?



—Blanca Capello, según creo.

A este nombre los dos caballeros se levantaron á un mismo tiempo: la muger dejó caer hácia atrás su cabeza, y pareció próxima á desmayarse.

Uno de los estrangeros se adelantó con altivez á donde estaba Beppo.

—¿Quién se atreve á manchar el nombre de los Capello? dijo.

—Dejad, señor, gritó el segundo de los caballeros, yo le pediré cuenta de su insolencia.

Y adelantándose hácia Beppo:

—El que insulta á una muger es un cobarde, dijo. Repetid si os atreveis lo que acabais de decir, y por mi alma os juro que serán las últimas palabras que pronuncieis en vuestra vida.

—Perdonad, señores, respondió Beppo turbado: yo he repetido lo que habia oído... Tal vez me equivoqué en el nombre.

—Sin duda, replicó el primer caballero: la señora Capello es la mas virtuosa y la mas bella doncella de Venecia, y el que lo dude me dará una satisfaccion.

Inclinóse el esbirro sin responder nada, y volvió á sentarse á su mesa.

El movimiento de la dama tapada habia confirmado sus sospechas, empero ¿cuál de aquellos dos caballeros era el raptor? Los dos se habian levantado al mismo tiempo al oír el nombre de Blanca Capello; los dos parecian igualmente dispuestos á defenderla. No viendo medio alguno de aclarar sus dudas, decidióse Beppo á arrestar á los dos.

Durante este tiempo habian ido retirándose los parroquianos de la posada; el esbirro recomendaba en voz baja al posadero que no perdiese de vista á los dos caballeros, y salió para ir á buscar sus agentes.

No se ocultó esta salida ni á la jóven ni al caballero que se hallaba sentado á su lado.

—Yo he visto á este hombre en alguna parte, dijo ella á media voz; nos habrá reconocido: huyamos.

—¿Y podrás? preguntó el caballero con el mas tierno cuidado.

—Espero que sí; la frontera está muy cerca.

—Hay que atravesar el río.

—¿No nos han hablado de un puente poco distante?

Volvióse el caballero hácia su compañero, que durante toda esta conversacion en voz baja se habia discretamente alejado algo.

—A juzgar por el camino que seguiais cuando os encontré, dijo, ¿habeis tomado el puente?

—Hace dos horas.

—¿A qué distancia de Ostiglia?

—Cerca de una milla.

—¿No hay otro paso? exclamó el caballero.

—Es el único, á menos de no tener una barca.

—¿Yo encontraré una! dijo el jóven.

Y volviéndose hácia la dama.

—Aguardadme un instante, pronto estaré de vuelta.

—¿Me dejás? exclamó.

—Es preciso.

—Y si vuelve ese hombre, si me conocen, ¿quién me defenderá?

Detúvose turbado, incierto: despues, como si de repente tomase una resolucion, dirigióse á su compañero que se habia retirado á algunos pasos de distancia.

—Señor, dijo, cuando me habeis encontrado á muchas millas de aquí, no me habeis preguntado ni de dónde veníamos ni á dónde íbamos. Habeis ofrecido á la señora que se hallaba enferma, cansada, para continuar su camino vuestro caballo. En cualquier otra circunstancia aquí nos hubiéramos despedido dándoos las gracias, pero tengo necesidad de vuestro auxilio, y no he dudado en venir á suplicar nos lo concedais.

El caballero le alargó amistosamente su mano.

—Gracias, dijo, hablad; todo lo que un hombre puede hacer por otro, lo haré yo.

—Vamos huyendo, señor; la tierra de Venecia tiembla bajo nuestros pies. Aquí vemos en cada rostro un enemigo; cada mirada nos espía. Aquí la vergüenza, la prision, la muerte misma nos amenaza; al otro lado del río nos espera la felicidad y la libertad. No huimos del castigo como culpables, no hay crimen alguno entre nosotros, no hay sangre derramada que nos manche! no, llantos, pesares, proyectos de venganza... ved lo que dejamos detrás de nosotros. Ahora escuchadme: si dentro de una hora no nos hallamos al otro lado del río, estamos perdidos. Yo voy al río á buscar una barca que pueda salvarnos de todas las persecuciones, es nuestro último recurso de salvacion... ¿Consentis en tomar á esta señora bajo vuestra proteccion durante mi ausencia? si ó no.

—Si, respondió el caballero.

(Se continuará.)

## LA CUESTION DE ORIENTE.

### IV.

Sitio de Sebastopol.—Fortificacion de esta plaza.—Apertura de la trinchera.—Gran bombardeo por tierra y mar.—Primera y segunda paralela.—Espulsion por los ingleses de todos los habitantes de Balacklava.—Toman los rusos los reductos de las alturas de Balacklava.—Batalla de Inkerman.—Desastres por el clima.—Duelo en Inglaterra.—Caida del ministerio inglés.—Empréstito francés y nuevas quintas.—Alianza de Austria con las potencias de Occidente.—Manifiesto del emperador Nicolás.—Los turcos ocupan á Eupatoria.—Batalla de Eupatoria.—Muerte del emperador Nicolás.—Alejandro II le sucede en el trono.—Su manifiesto y prime-

ros actos.—Operaciones de guerra en Crimea hasta el día 20 de marzo de 1855.—Apertura del congreso, para tratar de la paz en Viena.—Continuacion de grandes preparativos de guerra.

La Europa entera se entregaba á la alegría que habia escitado la relacion del desgraciado tártaro, y en todas partes se celebraba la toma por los ejércitos aliados de la ciudadela rusa del Euxino, y la destruccion completa del ejército ruso, suponiendo á su general el príncipe Mentchikoff, pronto á hacerse saltar incendiando la escuadra del czar para que no cayese en poder de los franceses é ingleses, her-